



EL DIA DE LOS MUERTOS.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei: quia manus Domini tetigit me.

JOB.

¡ Triste es el són de las campanas en el 1.º y 2 de Noviembre !

Sus lúgubres vibraciones llegan á nuestros oídos como el eco misterioso del gemir de aquellos á quienes hemos amado en vida y cuya memoria nos es grata.

El dia 2 es el dia de los Muertos. Una tranquila melancolía inunda el alma del creyente.

Al concedernos Dios el dón de las lágrimas, hizo livianas las que brotan del desconsuelo; hizo dulces las que brotan del amor y de la esperanza.

¡ Dichoso el que llora !

¡ Mil veces feliz aquel á quien el SEÑOR concedió el precioso desahogo

del corazón; aquel á quien es dado exhalar por los ojos el sentimiento que no cabe en el pecho !

¿ Quién no tiene en la huesa un sér que fué objeto de su cariño ?

Ese sér nos habla siempre ; pero nos habla más alto en el dia que conmemoramos, y nos habla con las palabras de Job: *compadecedme, que al fin sois mis amigos: compadecedme, que me ha herido la mano del SEÑOR.*

Y cuando una fortuna caprichosa hace que el hombre no tenga una persona de su particular cariño que yazga en el sepulcro, todos los fieles que fueron y que pueblan las ciudades de la muerte, en coro unísono piden misericordia al viviente.

Porque si no nos es dado igualar en nuestro afecto á todos ; porque si con mayor intensidad recordamos á los nuestros consagrándoles nuestras

mejores lágrimas y nuestras más fervientes oraciones, esto no nos debe hacer olvidar que los demás son también hermanos nuestros y les debemos nuestros recuerdos.

No hay tranquilidad para el ánimo ni dicha cumplida, la dicha imperfecta de la tierra, si no se tienen creencias acerca de la perpetuidad de nuestra alma. Ellas hacen que la muerte se despoje de todo lo que tiene de repulsivo y que sólo se la considere como el término inevitable de nuestro paso fugaz por la tierra, y este término es apacible para quien fielmente ha cumplido su misión y sido fiel á la pura doctrina de JESUS. Entónces el dulcísimo bálsamo de la esperanza reanima los supremos instantes en que el hombre se desprende de su corteza material para unirse con su CRIADOR.

El pensamiento de otra vida sin fin en que la criatura recibe el galardón de su bien obrar ó el castigo de sus prevaricaciones y de su contumacia debía ocupar constantemente al hombre, frágil arista á quien arrastra el torbellino del mundo, y presa, por lo comun, de las pasiones.

¡ Mentira parece que ante la idea inmensa de la eternidad el hombre no detenga su carrera y ajuste todas sus acciones á los preceptos divinos!

Dios, en su sabiduría infinita, en su inagotable bondad, no se limitó á perdonar en absoluto en la primera de sus postrimerías, ni á condenar en absoluto. El premio es instantáneo para los perfectamente buenos, é

instantáneo el castigo para los resueltamente malos; pero hay un lugar de penas temporales, crisol de la virtud, expiación de faltas hijas de nuestra frágil naturaleza; penas dulcificadas, sin embargo, con la conciencia exacta de un porvenir eternamente venturoso.

Las preces de la Iglesia y de los fieles mitigan aquel penar, acortan el tiempo, redimen al pobre mortal que prevaricó.

Pues bien; si el hombre en su vida mortal se duele del sufrimiento ajeno, alivia, cura, consuela los dolores del cuerpo y áun los del espíritu turbado por el infortunio; si tan sensible le es el padecimiento físico ó moral del padre, del hermano, del esposo, del hijo, del amigo, porque lo ve con los ojos materiales, ¿por qué no ha de hacer otro tanto con esos otros padecimientos que debe ver con los ojos de la fe?

La Santa Iglesia, como buena madre, envía diariamente alivio á los fieles difuntos en todas sus plegarias, y sobre todo en el sacrificio incruento de la Misa; pero no satisfecha de esta constante súplica á Dios misericordioso, ha consagrado un día anualmente á la memoria de aquéllos, y ese día es el que principia en la hora de vísperas del 1.º de Noviembre.

El doblar de las campanas, el luto de los ornamentos, la melancólica solemnidad del culto, nos llaman y convidan á la contemplación de nuestros hermanos muertos, de sus penas y dolores, como el tipo bíblico de

la paciencia llamaba á sus amigos implorando su compasion.

El verdadero cristiano no debe cerrar sus oidos á este llamamiento. Nos medirán con la vara con que midamos. Un dia, que está muy cercano, tambien nosotros serémos muertos, y si hallamos gracia delan-

te del SEÑOR, es probable que necesitemos de las oraciones ajenas. Merezcámoslas, pues, miéntras tengamos labios para orar y, sobre todo, corazon para sentir.

¡ Paz á los muertos !

M. M. CABALLERO DE RODAS.

CARIDAD Y BENEFICENCIA.

En el mundo que nos rodea, mis queridos niños, nada hay tan hermoso como la caridad; y sin embargo, bien escaso es el número de los que la practican, al paso que muchos ejercen con ardor la beneficencia.

La caridad es una virtud que llena el alma de contentamiento, y se puede expresar bajo todas las formas, á todas edades, y está al alcance de todas las fortunas.

¿ Veis ese niño que va comiendo su merienda con tanto gusto, y que al ver á un pobre chico andrajoso y pálido, temblando de frio en el rincón de una puerta, le da casi á escondidas su pan y su fruta? Pues ése ha ejecutado la obra de caridad más meritoria, pues ha dado todo cuanto tenía, y al echar á correr lleno de vergüenza como si hubiese hecho una mala accion, se encuentra más feliz y contento que ese caballero que ha dado un duro á un pordiosero en el momento de subir á su elegante coche.

No lo olvideis nunca: la caridad es de oro, la beneficencia de oropel; la caridad tiene su recompensa en el cielo, la beneficencia en el suelo.

Esas listas de donativos á beneficio de los pobres que luégo publican todos los periódicos, esas funciones teatrales, esos bailes por suscripcion, esas asociaciones en las que los más no van movidos por otra idea que la de ser presidentes, vocales ó secretarios, patronos ó protectores, son beneficencia pura; los pobres sacan provecho, no hay que negarlo; pero la sociedad que por ese medio quiere librarse de la plaga de mendigos que la asedia y turba sus solaces, no espera más recompensa que la de ver publicados ciertos actos y ciertos nombres.

¿ Cuánto más grato es enjugar las lágrimas que se derraman en silencio en la desnuda y solitaria morada del necesitado? Id, corred á esas habitaciones donde se esconde la desgracia y la miseria; allí podeis

llevar, desde el pedazo de pan que salva al infeliz de una muerte cierta, hasta la oracion que salva el alma desesperada. Llorad con el huérfano, con la viuda ó con el anciano desvalido, y seréis verdaderamente caritativos.

El que siente su pecho inflamado por el amor ardiente al prójimo, diga lo que quiera, haga lo poco que pueda, todo lo trasforma, y en su rededor se esparce el bálsamo benéfico de la caridad.

Para hacer una obra de beneficencia no es necesario molestar; basta con destinar una cantidad de dinero y enviarla ó distribuirla. Pero ¿qué gozo resulta de esto? Por el contrario, tomaos la molestia de buscar por vosotros mismos las verdaderas necesidades, socorredlas sin que nadie lo sepa, que ignoren vuestros nombres aún los mismos á quienes colmais de beneficios, y al encontraros en vuestro aposento veréis cómo sentis una satisfaccion tan pura, que nada en este mundo se le puede igualar.

Dejad para los fatuos y vanidosos la beneficencia, y reservaos la caridad; de la primera sólo se obtiene un «Dios se lo pague», al paso que, al ejercer la segunda, ¿quién no ha derramado lágrimas de emocion ante la mirada de la mísera persona agradecida?

Un pequeño episodio quiero contaros, mis queridos niños, que no me parece fuera de propósito, ántes de terminar este articulejo.

Una Princesa, que despues fué

una gran Reina, cuando apénas contaba cinco ó seis años distribuia entre los pobres que la esperaban cuando salia á paseo, una cierta cantidad que la Reina madre le daba con este objeto. Una tarde, bien fuera porque hubo más que de costumbre, bien porque hubiese dado con más generosidad, el caso fué que cuando se retiraba al Palacio se le acercó una pobre niña apénas cubierta con un vestido roto y descalza; al ir á subir al coche la Princesa la miró con lástima, y volviéndose á las damas que la acompañaban, les pidió que la prestasen algun dinero con que socorrer á aquella desgraciada. A las damas y demas personas de la servidumbre les estaba, á lo que parece, expresamente prohibido el hacerlo, y así se lo recordaron á la Princesa, la que con la rapidez del rayo se quitó sus zapatos y se los dió diciéndole: «No tengo más que darte por hoy.» La infeliz niña se arrodilló en el polvo, y con lágrimas en los ojos exclamó: «Dios os bendiga, señora»; y la Princesa, confusa y ruborosa, se escondió tras de su aya en el coche.

No termina aquí el cuento, que aún hay algo más que decir. La Reina madre, á quien contaron lo sucedido, regañó á la Princesa por lo que habia hecho, con tanta más razon, cuanto que subiendo descalza las escaleras de mármol del regio alcázar, pudo muy bien ponerse enferma; pero á la Princesa no le fué dado contenerse y contestó entre sollozos: «A mí, si me pongo mala, no deja-

rán de cuidarme, y aquella pobrecita no irá descalza.»

Muchos rasgos como éste pudiera contaros de la misma Princesa y de otras várias, pero basta este ejemplo que debeis imitar, si no á la letra, cada uno segun sus medios y buena voluntad, pero sin faltar al respeto

y obediencia que debeis á vuestros padres; más no echeis nunca en olvido que la caridad no es sólo una virtud, sino que es la virtud por excelencia, que todas las encierra.

AIRAM.



EL TONTO Y EL MAL INTENCIONADO.

Un tonto desdichado
 Á pedradas á un hombre perseguia,
 Viejo, casi baldado,
 Que del tonto librarse no podia.
 Llamóle el hombre, y díjole: « Ya veo
 Que tienes mucho tino y gran bravura,
 Y para el apedreo
 No hay otro como tú, se me figura.
 Yo soy pobre, y muy poco puedo darte;

Toma, pues, este escudo,
 Y véte á tirar piedras á otra parte,
 Porque en verdad te digo que no dudo
 Que bien la vida así podrás ganarte.»
 Dejóle el tonto en paz, tomó el dinero,
 Y empezó bravamente
 Á tirar muchas piedras á la gente;
 Hasta que al fin cogióle un caballero,
 Y le dió una paliza soberana,

Quitándole del todo
La endemoniada gana
De divertirse solo de aquel modo.

Quien tus defectos, niño, no reprende,

Y te aplaude taimado,
No dudes que es un mal intencionado,
Que por odio y venganza así te vende.

FRONTAURA.

HISTORIA DE LA PRINCESA VIOLETA.

(CUENTO.)

Allá en los tiempos en que hablaban los animales, hubo en una nacion muy guerrera un rey medio loco, con un genio tan arisco, que no podia aguantarle ni el mismo demonio. Todo su afan era ir ensanchando los límites de su reino con nuevas conquistas, y su sueño dorado tener un hijo varon que heredára sus Estados y su corona y continuára engrandeciendo su imperio á costa de sus vecinos. Pero por lo mismo que tanto lo deseaba, parece que el cielo le castigó, y la Reina, su mujer, que era una señora afable y virtuosa, en los seis primeros años de matrimonio le dió á luz tres preciosas niñas, que hubieran sido la gloria y la alegría de un padre ménos uraño. Pero el rey Leopardo, que así se llamaba, cuando tuvo la primera hija se puso de un humor endemoniado, y aquel dia hizo azotar, en medio de la plaza, á todos los médicos de palacio, como si ellos tuvieran lá culpa; cuando tuvo la segunda se puso furioso y mandó decapitar á sus ministros; y cuando su tercera hija nació, ya no tuvo más

aguante y mandó que incontinenti, á la Reina y á la Infanta que acababa de nacer, las lleváran á un monte próximo y allí las degolláran.

Los soldados á quienes se mandó cumplir esta órden no eran tan bárbaros como el rey su señor, y apiadados de la desdicha de la pobre reina y de la belleza de la inocente princesa recién nacida, cuando llegaron al monte no tuvieron valor para llevar á cabo tan inaudita atrocidad, y dejaron á la pobre señora con su niña en medio de la selva, rogándola encarecidamente que ocultándose á las miradas de las gentes se marchára lo más léjos que pudiera adonde el Rey no volviera á verla ni á oir hablar de ella, pues iban á decir que la dejaban muerta y enterrada.

La pobre Reina, más por conservar la vida de su inocente hija que por la suya propia, agradeció tan caritativa accion y siguió al pié de la letra los consejos de los soldados, alejándose de la ciudad cuanto pudo y procurando caminar de noche. Iba por las aldeas y las alquerías mendi-

gando su sustento, y las gentes del campo, que no la conocian, la socorrian lamentándose de su miseria. Pero como estaba acostumbrada á tantas comodidades y á tantos cuidados, no pudo soportar mucho tiempo las fatigas de aquella vida trabajosa, y á los dos años murió dejando á su inocente niña abandonada á la misericordia de la Providencia y á los cuidados de unos pobres pastores que, viéndola moribunda, la habian recogido en su cabaña. No pudo dejar á la tierna princesa más herencia que el rico anillo de diamantes que el Rey la habia puesto en el dedo el dia de su casamiento, alhaja que los pastores recogieron y guardaron cuidadosamente para entregársela á la niña cuando ésta fuera capaz de razon.

La pobre pastora que se hizo cargo de aquella desdichada huérfana y á quien la Reina, al tiempo de espirar, confió su secreto rogándole que lo guardara, pues de otro modo exponia á la niña á una muerte segura, puso á la Princesa el nombre de Violeta, la miró en adelante como hija suya, y la crió con toda la solitud de una tierna madre; pero ella y su marido eran tan sumamente pobres, que apenas podian atender á darle el necesario sustento.

Corrieron los años, y al par que crecia la desdichada Princesa, crecia de tal modo su hermosura que llegó á ser el asombro de aquellos valles y de toda la comarca en muchas leguas á la redonda, tanto que sólo por verla acudian muchas gentes atraí-

das de la fama de su belleza. Violeta era tan modesta y virtuosa como seductora su beldad, y como al mismo tiempo era tan pobre, su hermosura llegó á ser para ella una desgracia, porque muchos señores ricos que llegaron á verla quisieron poner asechanzas á su virtud.

Entre ellos el más tenaz y el más descarado fué el opulento hacendado que era dueño de los rebaños que guardaba la madre adoptiva de Violeta, y á tal extremo llegó, que viendo que no podia corromper la virtud de la inocente niña, por todas partes la tendia asechanzas. Violeta, creyéndose en gran peligro, resolvió huir de aquel país y lo consultó con la que pasaba por su madre. La honrada pastora aprobó su determinacion por sensible que le fuera el separarse de ella, y para ponerla á cubierto de semejantes peligros, ideó un medio ingenioso. Hizo desollar un asno que acababa de morir en el ganado, adobó perfectamente la piel dejándola flexible y lustrosa, y con ella hizo á Violeta una especie de traje que la cubria desde la cabeza á los piés. Por encima de su rubia cabellera, ocultándola completamente, caia la piel de la cabeza del asno, cuyas largas orejas le descansaban sobre los hombros. Con este disfraz y envuelta en aquella extraña túnica, oculto casi el rostro bajo la piel que debia cubrir el hocico del pollino, nadie podia adivinar que Violeta era la más hermosa doncella del universo.

Su madre adoptiva la despidió llorando despues de ponerle en el dedo

el anillo de la Reina, advirtiéndole que con aquella alhaja encontraria á su padre, y Violeta abandonó una noche la cabaña y el valle que la habian visto crecer.

Rendida de fatiga y de frio llegó la pobre Violeta, á la mañana siguiente, á la puerta de una casa de campo, grande y espaciosa, en ocasion que muchos mozos de labranza sacaban sus yuntas de bueyes y se disponian para ir á dar su obrada. Los rústicos labradores y los peone-

ros que salian al mismo tiempo para ir á cavar en las viñas, armaron grande algazara al ver la extraña figura de aquel sér humano, envuelto en su piel de pollino, tanto que al griterío salió el dueño de la granja, que era un hombre corpulento y mal encarado, el cual se acercó á la pobre niña, y con una voz desagradable le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Señor, soy una infeliz mujer á quien un voto obliga á peregrinar



La princesa Violeta convertida en pavera.

en este traje, implorando la caridad de las buenas almas.

—Si quieres quedarte á servir en mi granja, yo te daré la misma racion que á mis labradores y diez escudos al año.

—Con mucho gusto me quedaré; pero os advierto que soy tan desmañada que para nada sirvo.

—El oficio que voy á encargarte es bien sencillo; tú no tendrás más obligacion que sacar al campo una

manada de pavos y gansos, estar al cuidado de ellos todo el dia, y á la noche traerlos á la quinta y encerrarlos en el corral.

Violeta aceptó gustosa, y desde aquel dia quedó encargada de sacar al prado aquellas aves perezosas, á las cuales guiaba con una varita; estaba al cuidado de ellas todo el dia, y á la noche las guiaba al corral, donde las encerraba.

El trabajo no era penoso, sino

muy del gusto de la Princesa, que de este modo pasaba todo el día sola, sin más testigos que sus pavos, que no la daban disgusto alguno.

Las gentes de la granja se burla-

ban de ella cuando la veían, y no la llamaban más que *Piel de asno*, pero esto no la mortificaba. El amo tenía un genio terrible, pero nunca la hablaba mal; poníase á la puerta del



¿Habeis visto pasar por aquí un pavo?... (Pág. 186.)

corral cuando Violeta traía sus pavos á encerrar, los contaba uno por uno, y luego decía:

— Muy bien, *Piel de asno*; mis pavos están bien cuidados, pero el día en que me pierdas uno ya puedes prepararte, porque te desuello viva.

Esta amenaza tenía muy descuidada á Violeta, porque las aves que guardaba no pasaban de veinte, eran naturalmente pesadas y perezosas, y no era fácil que ninguna se la escapara. Pero sucedió que una tarde algo fría se levantó un viento fuerte,

y buscando abrigo la Princesa se resguardó al amparo de una grande encina, mientras los pavos y los gansos andaban de un lado á otro buscando las bellotas que el aire derribaba, y no advirtió, hasta que habia pasado un rato, que uno de los pavos, queriendo ensayar la fuerza de sus alas, las abrió, se levantó con algun trabajo del suelo, se elevó con menos dificultad, y desapareció volando como si fuera un águila.

Cuando Violeta se apercibió de ello se sintió sobrecogida de una terrible angustia, y aunque no era todavía más que media tarde, recogió apresuradamente su pequeño ganado, lo llevó á la granja, encerró sus aves en el corral, y volvió luego al campo á toda prisa para buscar el pavo que habia perdido, ántes de que el amo regresara de las viñas y echara de ver la falta.

Vueltas de aquí, vueltas de allá, por ninguna parte parecia el pavo, y corriendo en busca de él llegó Violeta al cerrar la noche á la orilla de una aldea situada á la entrada de un bosque. Unos cuantos muchachos que la vieron en tan extraño traje la seguian, dando voces, gritando:—¡Allá va orejas de asno!

Con este séquito llegó á la puerta de una cabaña, en donde una mujer vieja y gorda hilaba al torno á la luz del crepúsculo, teniendo á los piés un enorme gato. Acercóse Violeta á la mujer gorda, y le preguntó:

—Señora, ¿habeis visto pasar por aquí un pavo?

—Toda la tarde estoy sentada en

este sitio, y sólo he visto pasar una bizarra cabalgata, al frente de la cual iba un anciano de majestuoso aspecto que, si no me engaño, es el mismo que fué dueño de ese anillo que llevais en el dedo, hija mia.

Figuraos la sorpresa de Violeta cuando oyó estas palabras: hasta se olvidó del pavo que se le habia perdido, y dirigiéndose á la vieja, le dijo:

—Entonces, señora, conoceis á mi padre, porque este anillo es el que mi madre recibió de su esposo el dia de su casamiento.

—Sí que le conozco; es un hombre muy desgraciado, á pesar de todas sus riquezas y de su poder, porque llegado á la vejez ha visto morir en poco tiempo las dos únicas hijas que tenía, que por cierto eran bellísimas, y se encuentra sólo y triste, sin tener quien herede sus dominios y sus riquezas.

Violeta pidió á aquella buena mujer que le diera más noticias de su padre; la vieja la invitó á que entrase en su cabaña, en donde podria pasar la noche, y más despacio la informaria de lo que deseaba, y claro es que la Princesa no se hizo rogar.

Después que hubieron cenado, bien frugalmente por cierto, la vieja rogó á Violeta que le contara su historia, y la Princesa se la refirió con mucho gusto. Entonces la hechicera, que ya habrán conocido mis lectores que la vieja era una hechicera, dijo á la Princesa:

—Vos, hija mia, sois una linda criatura que en la corte hará suerte;

oid mi consejo, y si lo seguís, bien segura estoy de que vendréis luego á darme las gracias. Yo tengo en la corte un sobrino que es cocinero mayor del Rey: se llama Zoilo, y con una carta que yo os daré, iréis á buscarle; os recibirá en la servidumbre de las cocinas reales, os dará un traje más vistoso que ese que lleváis, y cuando estéis allí amasaréis una torta para que se la sirvan al Rey, teniendo cuidado de meter dentro de ella el anillo que lleváis al dedo, y ya veréis cómo no os pesa.

No quiso la hechicera dar más explicaciones á Violeta, por más que ésta le rogó. Llegado que fué el día, se levantó la Princesa, pero ya no se puso el disfraz de su piel de asno, sino que lo guardó cuidadosamente, tomó una carta que le dió la vieja, y despidiéndose de ella emprendió el camino de la corte, que estaba muy cerca de allí.

Siguiendo las instrucciones que habia recibido de la hechicera, apenas llegó á la corte se acercó á las puertas de palacio, preguntó por Zoilo, el cocinero mayor del Rey, y cuando estuvo en su presencia le entregó el papel que para él llevaba.

—Mi tia me dice que os reciba al servicio del Rey y que teneis especial habilidad para hacer unas tortas incomparables, dignas del monarca más poderoso de la tierra. Haré que os den un traje digno de la casa en que vais á servir, y luego me probaréis vuestra habilidad amasando una de esas maravillosas tortas para que hoy mismo la sirvan al Rey, que, si

como espero, le gustan, vos ganaréis en ello y yo no perderé nada.

Gustosa accedió Violeta; una criada la llevó á una habitacion lujosa, la entregó un hermoso traje de seda, la peinó con grande habilidad, y luego la Princesa, de vuelta en la cocina, pidió á Zoilo todos los ingredientes que se le antojaron para hacer una torta, se encerró en un cuartito y amasó su torta lo mejor que Dios le dió á entender, sin olvidar de meter en ella su precioso anillo.

No sé yo si la torta sería digna de un regio paladar; pero es lo cierto, que apenas el rey Leopardo la partió con su cuchillo cuando se la sirvieron á la mesa, dió muestras de una gran emocion, preguntó quién habia amasado la torta, y cuando le dijeron que una jóven cocinera á quien habian recibido aquel dia en palacio, mandó que inmediatamente se la presentáran.

Llegó Violeta toda trémula á la presencia del Rey, y éste la preguntó:

—Decid, jóven, ¿quién os ha dado este anillo que he encontrado dentro de la torta?

—¡Ah, señor! perdonad mi torpeza, respondió Violeta; sin duda cuando estaba amasando la torta se me quedó dentro de la masa ese anillo que tenía puesto en el dedo y que nunca me lo quito, porque era de mi pobre madre, que murió hace muchos años..... Suplico á V. M. que me lo devuelva, porque él ha de servirme para encontrar á mi padre, á quien no conozco.

— Ya lo has encontrado, hija de mi corazon, exclamó el Rey levantándose y yendo á abrazar á Violeta..... ahora te conozco, porque eres el vivo retrato de tu noble y virtuosa madre, á quien traté con tanta crueldad.

El rey Leopardo bendijo á Dios, que le devolvía por tan extraña manera una hija á quien creía haber perdido por su propia ferocidad. Violeta abrazó tiernamente á su padre; le contó luego su historia y le pidió alguna recompensa para la anciana



Y amasó la torta. (Pág. 187.)

hechicera que la habia encaminado á palacio. El Rey, en efecto, la señaló una pension vitalicia, y no olvidó dar un buen regalo á su cocinero Zoilo.

Violeta fué una Princesa que admiró á todos sus vasallos, más por sus virtudes que por su hermosura,

aunque ésta era tan grande que no conocia rival. Cuando murió el Rey, como éste no tenía más descendencia, ella heredó sus estados y su corona, pero no su carácter arisco y cruel.

P. D. MONTES.

LOS BURROS DE REATA.

Segun cuenta un afamado
 Compilador de consejas,
 Pacian unas ovejas
 Cierta dia en un collado,

Y estaban como un alambre,
 Pues como hierba no habia
 A causa de la sequía,
 Las pobres rabiaban de hambre.

— ¡ Cuánto cuesta la pitanza !
 Dijo un carnero formal
 Que buscaba un herbazal
 En donde llenar la panza.
 Mire usted que la pension
 Del estómago es tirana :
 Comemos hoy , y mañana
 Vuelta á la misma cancion !
 Aunque la paciencia pierde ,
 Á esta reflexion se entrega ;
 Pero de pronto en la vega
 Divisa un campo muy verde.
 — ¡ Somos felices ! exclama
 Dando saltos de contento ,
 Y es consiguiente , al momento
 Á sus compañeras llama.
 — Mirad , les dice , allí está
 Lo que cada cual desea.....
 Con que , compañeras , ea ,
 Seguidme , y vamos allá.
 Oyó una cabra el reclamo
 Y dijo , allá en su lenguaje :
 — ¡ Con que , tenemos forraje ?
 Pues á la parte me llamo.
 Y , piés para qué os quiero ,
 Sin hablar otra palabra ,
 Parten ovejas y cabra
 Guiadas por el carnero.
 Corren ante el espectáculo
 De aquella verde pradera ,
 Mas detiene su carrera
 Un inesperado obstáculo :
 Es un profundo torrente ,
 De tan excesiva anchura ,
 Que será la sepultura

De quien vadearlo intente.
 La cabra , que creo yo
 Era de las más flemáticas ,
 Acudió á las matemáticas
 En cuanto el torrente vió ,
 Diciendo : — Abarco lo más
 Tres varas de cada brinco ;
 El torrente tendrá cinco.....
 Pues señor , me vuelvo atras.
 Y sin hacer ningun caso
 De instancias ni de protestas ,
 Á las inmediatas cuestas
 Se volvió pasito á paso.
 — Mucho es el torrente á fe ,
 Cada oveja se decia ,
 Pero es mi filosofía
 « Hacer lo que hacer se ve. »
 Salta el carnero el torrente ,
 Y todas tras él saltando ,
 Van una á una encontrando
 Sepultura en la corriente.
 Vió desde un cerro esta escena
 De desolacion la cabra ,
 Y tomando la palabra
 Dijo llorando de pena :
 — En esta tierra insensata
 Se imita todo lo malo ,
 Porque no hay quien alce el palo
 Contra los burros de reata.
 Yo , aunque el uso tergiverse ,
 Siempre por necio tendré
 Al que hace lo que hacer ve ,
 Y no lo que debe hacerse.

ANTONIO DE TRUEBA.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

Enriquecemos hoy nuestra coleccion de páginas autógrafas con uno de D. Ventura de la Vega, cuyo original posee el ilustrado señor D. Mariano de Potestad, que ha tenido la bondad de facilitárnoslo.

El insigne autor, cuya pérdida llorarán siempre cuantos amen las letras, fué uno de los más correctos y castizos escritores, y de ello son prueba sus numerosas obras, aún aquellas de ménos importancia que

dió al teatro. Es autor D. Ventura de la Vega de *El hombre de mundo*, la comedia más notable del teatro

contemporáneo, de *Don Fernando el de Antequera*, de la tragedia *La muerte de César*, de *Jugar con fuego*, la

2. Una cita en el campo

Nunca tan bello color
dió al horizonte tu Mama,
astro de eterno fulgor,
al exender tu esplendor
tu cumbre de Gurdumama

Nunca tu aroma sentí
más delicioso que ahora,
linda rosa carmen,
nunca tan bella te ví
con las perlas de la aurora

Arroyo que turbio y feo
ayer te ví destinar,
cómo tan limpio te ves
que ya de tu fondo eres
las arcuillas contar?

Galanos campos que hacéis
de toda esta pompa alarde,
¿quien celebrar quereis?...
O es por dicha que sabéis
que viene Laura esta tarde?

Londres 9 de Julio 1843

Ventura de la Vega

mejor de las zarzuelas, y de otra in-
finidad de obras escritas con singular

perfeccion. Sus poesías son muchas,
y todas bellísimas.

Las obras de este autor deberán leer nuestros infantiles lectores, cuando tengan la edad conveniente para saberlas apreciar, y les ayudarán grandemente á adquirir el buen gusto en literatura.

D. Ventura de la Vega falleció extramuros de Madrid en 29 de Noviembre de 1865, siendo sepultado en el cementerio de la Sacramental de San Isidro.

LA GOTA DE ROCÍO.

Dime, perla trasparente,
 Ó diamante sin color,
 Que te meces dulcemente
 Sobre el cáliz de esa flor,
 ¿Quién forma tu ejecutoria?
 ¿Por qué solitaria estás?
 ¿Cuál es tu secreta historia?
 ¿Cómo vienes? ¿Dónde vas?
 —De Dios al sublime aliento,
 Dos espíritus bajaron
 Del alto del firmamento,
 Y en santo amor me engendraron.
 En infinito eslabon
 Todo el mundo son mis lares;
 Que rocío y gotas son
 Hasta el agua de los mares.
 Del sol la candente masa
 Sobre los mares refleja,
 Y cual ténue y blanca gasa
 Al cielo azul nos aleja.
 Por el espacio vagamos,
 Formando nubes errantes;

Hasta que el campo regamos
 Bajo lluvias fecundantes.

En dulce amor enlazadas,
 Engendramos sin cesar
 Rios, torrentes, cascadas,
 Hasta morir en el mar.

Y otra vez comienza aquí
 Ese perpétuo camino,
 Que á mis hermanas y á mí
 Nos trazó el dedo divino.

—Sábía, sublime es á fe
 Tu historia, gota querida;
 ¡Qué bien, qué bien que se ve
 Que fué Dios quien te dió vida!

*Gotas humanas, llenemos
 La divina rotacion
 Que en este mundo tenemos,
 Y el alma inmortal guemos
 Á la celeste mansion.*

R. TORRES MUÑOZ DE LUNA.

(Del Album de mis hijos.)



ORGULLO MATERNAL.

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Arribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.